

**GOMÁ LANZÓN, Javier**

*Aquiles en el gineceo*

Valencia: Pre-textos, 2007. (226 págs.) ISBN 978-84-81-91-813-7

Helena GONZÁLEZ VAQUERIZO

Universidad Autónoma de Madrid

Grupo TRADICOM

*Come l'uomo s'eterna...*

Dante

Antes de convertirse en el más famoso de los héroes de la guerra de Troya y en protagonista de la *Iliada* de Homero, Aquiles estuvo escondido en el gineceo de la isla de Esciros. Era muy joven y temía el cumplimiento del oráculo que había predicho su muerte temprana en el campo de batalla. Disfrazado de mujer y entre mujeres, sólo la astucia de Ulises despertó en él el espíritu guerrero y lo alejó de una incipiente pasión amorosa hacia Deidamía.

Este momento es el que pintó Rubens en el cuadro *Aquiles descubierto por Ulises* y el punto de partida del ensayo de Javier Gomá Lanzón (Bilbao 1965), *Aquiles en el gineceo*. Un ensayo en que se combinan el tratado de educación y el análisis existencial de la finitud del hombre, para determinar en primer lugar qué retiene a cada joven Aquiles en su particular gineceo (metáfora del ego adolescente, estadio *estético* de la vida), y cómo después Ulises (el sentido del deber hacia la comunidad, estadio *ético*) lo saca de sí mismo para integrarlo en una sociedad que determinará la especialización del individuo y con ella su destino, es decir, su muerte.

Constituye este ensayo la segunda parte de la tetralogía que el autor ha proyectado entorno a la *experiencia de la vida*, iniciada con el Premio Nacional de Ensayo *Imitación y experiencia* (Pre-textos, 2003). Allí presentaba una teoría general de la imitación, examinaba sus etapas históricas premodernas (imitación de la Naturaleza, de los Antiguos, de las Ideas) y anunciaba el alumbramiento posmoderno de la idea del *prototipo*. El prototipo (Aquiles será uno de ellos) es el modelo al que el sujeto moderno puede imitar racional y moralmente a partir de su propia experiencia, y se diferencia de la imitación ciega e incondicionada del sujeto y del modelo antiguos en que ésta era estática y la moderna es dinámica. Y es que desde Bergson el modelo imitable se contempla como una posibilidad no sólo de aprendizaje, sino también de innovación, que permite el progreso cultural de la civilización.

Una vez hubo explorado en *Imitación y experiencia* la capacidad del hombre para acumular ejemplos y sacar de ellos ciertas pautas útiles de comportamiento, J. Gomá Lanzón se preguntó dónde hallar el ejemplo para ser mortal. Y la respuesta tomó la forma de *Aquiles en el gineceo*.

El mito de Aquiles, donde el héroe tiene que elegir entre una vida larga y sin brillo y una breve pero gloriosa, nos enseña que la mortalidad no es inherente al hombre, por paradójico que esto pueda parecer. Cada hombre elige cómo aprovechar su experiencia de la vida, así define su muerte, y sólo al hacerlo se convierte en individuo. Pues la egocéntrica adolescencia, el estadio *estético* en terminología de Kierkegaard, mantiene al sujeto aislado de lo que lo rodea, mientras que en el estadio *ético*, el hombre corre el peligro de ser absorbido y consumido por el entorno. Sólo una muerte de la que el individuo se haya debidamente apropiado permite que sus contornos no se desdibujen, la mortalidad es *nuestro único destino individual*.

El libro está escrito, confiesa el autor, a partir de su propia experiencia, si bien tratando de extraer de ésta cuanto de común tenga con las experiencias de los demás. J. Gomá Lanzón es, sin duda, un hombre de talento, como el propio Aquiles. Licenciado en Derecho y Filología Clásica, Doctor en Filosofía, -un abanico de estudios que legitiman y asesoran su aproximación al tema de este ensayo-, ejerce como letrado en el Consejo de Estado, además de dirigir la Fundación Juan March. Su escritura es amena, sugerente y en la claridad de la exposición se evidencia el dominio de la argumentación y la claridad en la exposición de unas ideas que parecen ganar profundidad en la simplicidad de su expresión. El ensayo está escrito de forma que necesaria y deliberadamente se repite, porque no cree J. Gomá Lanzón que pueda tratarse el tema sino contemplándolo una y otra vez desde diferentes ángulos. Este rasgo del estilo parece consecuencia de su carácter de libro muy pensado y confiere a su desarrollo un complejo entramado y una continuidad donde las ideas van enriqueciéndose paulatina y recíprocamente. No obstante, se divide en dos partes diferenciadas: la primera parte explora el paso del estadio estético al ético y, por qué está motivado; la segunda parte explora la formación del héroe moderno y las posibilidades y aporías que se le presentan como individuo en la posmodernidad.

En la primera parte Aquiles nos sirve de modelo y de prototipo porque es el *mejor de los aqueos* y, como tal, posee una personalidad compleja y completa. Destaca en ella una virtud, la magnanimidad de dar la vida por la *polis*, una valentía y un arrojo admirables que se observan sólo en la auténtica juventud y que mucho tienen que ver con la inexperiencia propia de esta edad.

Pero antes de ser un héroe, Aquiles estuvo escondido en el gineceo, en la adolescencia despreocupada y protegida. Allí se enamoró de Deidamía y experimentó en el primer amor, como todo adolescente, las primeras decisiones y las primeras renunciaciones. Ensayó de esta manera un descentramiento de sí mismo hacia el objeto amado, paso previo y quizá también necesario para la evolución natural que lo llevaría a ser un miembro de la *polis*: la decisión, cualquier decisión, conlleva la escisión del sujeto que pasa de contemplarse sólo a sí mismo a contemplar, desear y abdicar por el otro.

Después de Deidamía, Troya fue para Aquiles la ocasión y el escenario perfecto donde hallar una identidad personal en una causa colectiva. Aquiles precisa de la guerra en la misma medida que ésta precisa de él, porque es la comunidad la que proporciona a Aquiles modelos a seguir y también la que va a recordarlo.

En el estadio estético (en el gineceo) el individuo no tiene aún responsabilidades, así que puede dedicarse por entero a sí mismo: se cultiva, toma conciencia de sí, de que es único e irreplicable. Trata de hacer de cada acto una muestra de perfección, un gesto siempre lleno de sentido. Y es que la juventud, que observa arrogante el mundo con su mirada inexperta, es a veces extremadamente lúcida. Contempla la riqueza del mundo de las posibilidades abiertas y se obstina en su indeterminación, porque, si eligiera, dejaría de ser posible para ser real y concreto. El rico abanico se desvanecería, de hecho se desvanece, en la edad adulta.

La sugerente interpretación de J. Gomá Lanzón es que el joven deja de *vivir hipotéticamente* (la expresión es de Musil), porque la indeterminación lo hace estéril, es decir, porque, si no se especializa, sus obras serán infecundas; y si no sale del gineceo, se convierte en un andrógino marginal. El amor (Deidamía) es la fuerza que primero empuja al hombre (Aquiles) a elegir su muerte. Sin embargo, en el mito es una estratagema de Ulises la que fuerza a Aquiles a descubrir su identidad. Cuando el astuto héroe se presenta con regalos en el gineceo, de entre todas las joyas Aquiles se lanza hacia la única espada. O sea, que el amor lo prepara y el orgullo lo decide, pues, una vez Ulises le ha descubierto, está moralmente obligado a acompañarle a la guerra. Y es que el cuerpo del ciudadano pertenece a la *polis* y la muerte del combatiente salda esta deuda. No de otro modo sucede en nuestras sociedades modernas donde el suicidio y otras formas de renuncia al propio cuerpo constituyen delito.

Dispuesto a dar su vida por la comunidad o, al menos, habiendo renunciado a la auto-divinización adolescente en favor del reconocimiento de sus obras por parte de la *polis*, el hombre ha entrado en el estadio ético. Su virtud general será ahora cumplir tareas que contribuyan al bien común. Se especializa laboral y sentimentalmente, elige un trabajo y, en principio, una pareja, una familia, etc. Pero pronto conoce el tedio de la repetición y la monotonía, al tiempo que añora la época en que todo parecía posible.

¿Por qué entonces hacerse *ético*? Porque aunque en la *polis* se generalicen y se tipifiquen el individuo y sus decisiones (todos somos iguales, todos hacemos, comemos y vestimos lo mismo), sin la *polis* el individuo y sus decisiones no tienen espectadores ni receptores de sus logros, no son nada. En qué medida condicionan el desarrollo de la personalidad esta renuncia al yo y esta entrega a los otros, es una cuestión pendiente de estudio por parte de J. Gomá Lanzón. Al fin y al cabo Aquiles sale del gineceo porque es su destino. Y cada yo particular lo imita.

En la segunda parte del ensayo se defiende la idea de que el yo moderno se encuentra escindido en mayor medida que el antiguo. Nuestras *polis* no nos proporcionan ejemplos válidos ni son testigos de nuestros méritos, porque los valores éticos se han vuelto difusos, masivos y abstractos.

Dicha escisión se origina en los albores de la Modernidad, cuando el hombre se descubre a sí mismo como ser único y totalmente prescindible a la vez. Por un lado, el Romanticismo había desarrollado y cultivado el individualismo, creando multitud de pequeños príncipes destronados; por otro, el colectivismo social vuelve invisibles a los individuos, especialmente a aquellos que han querido prescindir del grupo y que se ven empujados al nihilismo. El subjetivismo exacerbado del yo no encuentra su lugar en el colectivismo de la gran urbe, pero fuera de ella tampoco se encuentra a sí mismo. Es necesario por tanto que el sujeto halle un incentivo distinto para renunciar a las ansias absolutistas de su subjetividad.

Para J. Gomá Lanzón es posible desarrollar una *épica de la subjetividad* y un *ideal de objetividad* a través de la educación del hombre. La argumentación se apoya en la novela de formación (*Bildungsroman*), aquella que presenta la evolución de sujetos ejemplares, y hace un repaso de ella. Mediante la confrontación de las *vidas paralelas* de Goethe y Rousseau, autores de *Werther* y *Emilio* respectivamente, observamos con sorpresa, que los maestros de la *educación sentimental* fracasaron como individuos éticos. En sus relaciones laborales y emocionales se revelan incapaces de compromiso y de renuncia a la multiplicidad de sus propias y ricas personalidades. Sin embargo, Rousseau en el *Contrato Social* prepara al yo para anularse sin esperar nada a cambio y Goethe llega a la doctrina de la renuncia, esto es, a admitir que *el hombre no es feliz sino cuando ha puesto límites a sus aspiraciones incondicionadas*.

Definitivamente no hay salida para el sujeto, y la aporía planteada por el autor de este ensayo es de la máxima actualidad: el camino estético produce insatisfacción e incompreensión, el camino ético frustración y decepción. Sólo el relativismo presente mitiga estas dolorosas sensaciones y reestablece algo de antigua unidad de la experiencia vital donde la renuncia al yo y la entrega a la *polis* eran ventajosas para ambas partes. Esta ligera dosis de nihilismo es beneficiosa pero también entraña peligros y está por ver si el hombre será capaz de *fundar una civilización sobre los cimientos de su propia humanidad*, o sea, de desarrollar y adoptar una ética reconciliada con su propia mortalidad.

Por el momento y de acuerdo con la sólida argumentación de J. Gomá Lanzón, la posmodernidad apuesta por un yo que apenas encuentra en el civismo algo de los antiguos valores éticos de la *polis* ni en ésta un gran auditorio de sus logros. El trabajo aliena quizá más que nunca, pero dicha alienación se acepta y se distingue, hipotéticamente, de la verdadera vida del individuo, donde los aspectos sentimental e individual tienen la supremacía. En el siguiente volumen proyectado, *Ejemplaridad Pública*, el autor se propone analizar cómo podría el hombre fundamentar una ética objetiva y humana que devolviera a la *polis* su papel regulador.

La experiencia de *Aquiles en el gineceo* nos habla de cómo el hombre se hace mortal. En este sentido puede uno discrepar de la interpretación que J. Gomá Lanzón hace del mito. Si bien la experiencia de Aquiles en el gineceo puede tomarse como metáfora de la adolescencia y su decisión –propiciada, no olvidemos, por Ulises– como metáfora de la entrega a la *polis*, la excepcionalidad del propio Aquiles, que es hijo de una diosa y que está llamado a la gloria inmortal, lo alejan del sentido de modelo y de prototipo que el autor ha querido ver en él. Lo que Aquiles persigue es la perpetuación de su nombre. Si arrastra consigo la destrucción o la gloria de su *polis*, no es desde luego ese el efecto buscado. Por otro lado, el intento del hombre de construir para sí una ciudad ideal y constituirse él mismo en un prototipo ejemplar no es sino el proceso mediante el cual el hombre se hace *eterno* e inmortal.